

EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 19298

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 13 DE MARZO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumarlin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¿Vamos ó no?

No olviden los que están interesados en que haya procesiones de Semana Santa que el viernes de la actual semana se reúnen los marrajos para tratar esta cuestión. Y tengan muy presente que si ellos no van á la montaña, ésta no ha de ir á ellos.

Era nuestro propósito al publicar nuestro primer artículo referente á este asunto, allá por los primeros días de cuaresma, no reincidir en la cuestión; pero nos causa tanta lástima ver con la indiferencia que se dejan pasar las ocasiones de atraer gente á la ciudad, que no sólo hemos reincidido, sino que nos hemos empeñado en realizar una campaña en pró de las citadas fiestas religiosas, que, á nuestro juicio, deberían celebrarse siempre, mejorando las, á fin de mantener entre los folios el deseo de venir á verlas.

Seguramente nuestro trabajo resultará baldío como el año anterior, pero no renunciamos á hacerlo. ¿Qué vamos á perder si se pierde? El tiempo empleado en realizarlo? ¿Qué vale eso comparado con el cumplimiento del deber? Nada.

Hemos dicho el deber y está bien dicho. Las fiestas populares resuelven de momento un problema económico; y en tanto que así sea, será deber del periodista trabajar porque esos momentos no se desaprovechen ya que el multiplicarlos no depende de él.

Bajo ese concepto, persiguiendo el ageno bien—el nuestro no—hemos hecho oír á los gremios nuestra voz haciéndoles saber su conveniencia; y conociendo que ésta depende de que se celebren las procesiones, no comprenderemos que á la postre se pierda en el desierto de la indiferencia nuestra voz, humilde y desautorizada pero verdadera.

No abrigamos ninguna esperanza de llevar á los gremios al convencimiento; pero alíentanos una sombra de esperanza: la de que han podido los intere-

sados percatarse de la diferencia que existe entre que vengan á la población unos cuantos miles de personas á pasar tres días, ó que no vengan, y sobre no venir se ausenten otras tantas, yéndose á Murcia y demás poblaciones que les ofrezcan fiestas.

¿No se acuerdan? Pues repasen los libros y ellos les hablarán con la elocuencia de los números. Comparen las entradas del año anterior, que no hubo procesiones, con las del precedente, que sí se realizaron, y vean qué les conviene más; si salir de la actitud indiferente en que se encuentran, ó seguir en esa indiferencia incomprensible.

Si no tienen libros y no pueden éstos enseñarles la diferencia de que hemos hablado vuelvan atrás el pensamiento y recuerden la animación de la ciudad cuando hay fiestas de Semana Santa y la soledad de las calles cuando no las hay.

¿Lo recuerdan? Pues de ellos depende que esa soledad reine este año con todas sus inevitables consecuencias.

No lo olviden. El próximo viernes, después del miserere, se reunirán los marrajos para tratar de procesiones. Ténganlo en cuenta y resuélvase á salir de la pasividad por su propio bien, que es al mismo tiempo el de la población.

TIJERETAZOS

Un periódico inglés manifiesta que los yanquis no han podido dominar aun la resistencia de los moros de Mindanao y que se teme de un momento á otro un alzamiento general.

Ni la han dominado ni la dominarán nunca.

El trabajo que les costó quedarse con el archipiélago fué nulo. Exigieron la entrega y se les dió.

Pero no contaron con ese huesecillo de los moros.

Hace ocho años que lo quieren roer y no han podido.

¡Está tan duro!

El corresponsal de *L'Echo de Paris* en Algeciras, insiste en afirmar la existencia del proyecto de alianza angloespañola y añade que esto se hará público después de la boda del Rey.

Pero es el caso que otro corresponsal del mismo periódico,—el de Londres, que debe beber en buenas fuentes—telegrafía á dicha publicación en sentido contrario que lo hace el de Algeciras.

«Inglaterra—dice—no piensa en firmar nuevas alianzas con ningún país.»

¿Quién está en posesión de la verdad?

Con informaciones tan contradictorias ¿quién puede jactarse de saber lo que pasa?

Dicen de Lisboa:

«Los panaderos de Arrouche han pedido á la autoridad administrativa requiera del gobierno la libre introducción del pan español, para poderlo vender con una pequeña ganancia. De esta manera se atenuarán los perjuicios que sufre gran parte de la población al tener que recorrer diariamente diez kilómetros para adquirir pan en la raya de España.»

¿Tan bueno es nuestro pan que por comercio andan los portugueses diez kilómetros?

Gracias á Dios que encuentran nuestros vecinos una cosa buena en España.

¿Pero qué pan fabrican esos pobres panaderos de Arrouche que no lo quieren los portugueses, prefiriendo hacer un paseo de dos leguas para adquirir pan español?

LA CAUSA de nuestro atraso

Que en España se progresa en todas las manifestaciones de la vida es innegable. Si se compara el estado de la nación hoy con el de hace medio siglo no hay duda que se echará de ver una enorme diferencia en el sentido de avance.

Pero como este progreso no es por movimiento propio, sino á causa de impulsión que se recibe de fuera, facilitada por el contacto que nues-

tra situación establece con los países más adelantados de Europa, resulta algo así como un progreso á *fortiori*, que en su camino tropieza con serios obstáculos que entorpecen su marcha.

Por eso mientras el resto de Europa adelanta en proporción geométrica nosotros vamos avanzando en proporción aritmética y quedándonos cada vez más á la zaga, sin embargo de progresar.

Sólo así se podrá comprender que aun estemos aquí discutiendo cuestiones políticas y económicas ya resueltas desde hace muchos años en los demás países, y que al ocuparse de la defensa militar de la nación se sostengan prejuicios, que estuvieron en boga en la Europa continental en otros tiempos, pero desechados por completo hoy, porque las circunstancias han cambiado en absoluto el concepto de la guerra.

Esta ha desplazado su esfera de acción al litoral y al mar, lo que ha originado el aumento de fuerzas navales en todas las potencias europeas, aun en aquellas que por poca extensión de costa parecían que no debieran preocuparse del poder marítimo.

La evolución se inició ante el ejemplo de Inglaterra, que fué la que desde un principio comprendió que la mar daba el dominio de la tierra, mucho más cuando el descubrimiento y conquista de América, que redondeó el planeta, dió nueva forma á la vida comercial é internacional, y la potencia económica de las naciones pasó á depender en absoluto del incremento de industria y tráfico transoceánico.

Y como la potencia económica es la fuerza generadora de todas las demás en las naciones, su conservación y aumento fué la preocupación constante de los estadistas de aquella, y de ahí el interés demostrado por desarrollar su poder naval, lo que logrado hasta el punto que predominando el suyo sobre el de las de todas en el mundo, hicieron de su país la nación hegemona de la actual civilización.

La realidad de hecho tan evidente es indiscutible, y acusa apasionamiento en las personas ilustradas que quieren desconocerlo, sosteniendo que una nación marítima como la

nuestra, que por serlo fué dueña de un inmenso imperio, y por no haber sabido constituir un poder naval adecuado lo perdió sin haber sacado utilidad alguna de su posesión, persista en la constitución de su defensa militar como si fuese país continental, atendiendo más á la de sus fronteras terrestres que á las marítimas.

Penosa escuchar en el Parlamento español que Waterloo tuvo más importancia que Trafalgar para el vencimiento del Imperio napoleónico y la hegemonía continental francesa cuando, á pesar de ser un hecho decisivo, no fué sino una consecuencia del poderío naval de Inglaterra afirmado por este combate marítimo.

Si el auxilio moral y material de Inglaterra ya se vió con toda claridad que nada habrían podido hacer los ejércitos coaligados de Europa entera.

Si Francia entonces, por el contrario, hubiera podido contar con un poder naval para destruir el inglés, el resultado hubiera sido muy diferente; eso no se discute ya, porque está hoy en la conciencia de todos.

Desde los albores de la Historia vemos á los pueblos marítimos y comerciales predominando; á los tirios y fenicios, Estados diminutos, habiéndoselas con poderosos Imperios como el de los egipcios; á los griegos impedir la invasión persa con una batalla naval, y á Roma, para ser señora del orbe entonces conocido, tener que hacerse antes marítima, á fin de vencer á los cartagineses y desalojarles del Mediterráneo.

¿Venecia, Génova y después Holanda no dan idea de la fuerza que representa el poder naval?

Los pueblos no pueden progresar sino por la aplicación de la aptitud de raza á las circunstancias de medio territorial en que viven; la proporción aritmética en que progresamos se convertirá en geométrica y en movimiento acelerado para el desenvolvimiento de España, el día que todos los españoles nos propongamos utilizar los recursos y capacidades que nuestra Península posee para las empresas marítimas; el día que las actividades y energías de la Nación se concentren en el mar, entonces nadie vendría á enseñarnos nada, pues, co-

—As cinco circunstancias agravantes, y de morir en la p... de Greve ou el cadaleo.

—¡Lamartine quedará!

—¡Ah! Scribe es hombre de talento.

—¡Y Victor Hugo!

—Es un gran hombre; no cabe duda.

—¡Estais borrachos!

—La consecuencia inmediata de una Constitución, es el apañamiento de las inteligencias, artes, monumentos, todo que la de vorado por un terrible sentimiento de egoísmo, nuestra lepra actual... Vuestros trescientos aldeanos sentados en sus taburetes, no pensarán sino en pautar chopos. El despotismo hace ilegalmente grandes cosas, en tanto que la libertad no se toma el trabajo de hacer legalmente ni las más pequeñas.

—Vuestra enseñanza sólo es una fábrica montada de cien sueldos con casaca humana—dijo un absolutista interrumpiéndolo.—Las individualidades desaparecen en un pueblo nivelado por la instrucción.

—Sin embargo, el fin de la sociedad, no es proporcionar el bien á cada uno?—preguntó el ansimobiano.

—Si tuviera cien mil libras de renta, poco os acordaría de la felicidad del pueblo. ¡Vaya una pasión amorosa que tenéis á la humanidad! Idos á Madagascar, un

—Entonces no es un tío, porque los tios son esencialmente aviados.

—La voz de la Malibrán ha perdido dos notas.

—No señor.

—Si señor.

—¡Oh, oh! Si, no... ¿No es esta la historia de todas las disertaciones religiosas, políticas y literarias? El hombre es un bufón que baila sobre los precipicios.

—¡Conque á vuestro entender, yo soy un necio.

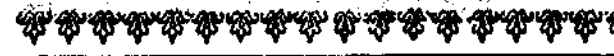
—Al contrario, si es que no me entendéis.

—¡La instrucción! ¡B-la patafata! Mr. H ineffectivamente ha calculado que el número de los volúmenes impresos asciende á millones y la vida de un hombre no permite leer ni cincuenta mil.

Explicado, pues, lo que significa la palabra «instrucción».

Para unos consiste la instrucción en saber el nombre del caballo de Alejandro, del dogo Berecilio, del señor de las Armonías, y de ignorar el apellido del Lombré á quien debemos la conducción por los rios de la madera ó de la porcelana.

Para otros consiste el ser instruidos, en saber quemar un testamento y pasar por un hombre honrado, querido y considerado en vez de reincidir en el robo de un reloj con



Tenebrización: alargados esos caparragos, porque después de todo, la libertad engendra la anarquía, la anarquía conduce al despotismo y el despotismo vuelve á traer la libertad.

Milones de seres han perecido por alcanzar el triunfo de uno ú otro sistema.

¿Quién los dice que no sea este el círculo vicioso en el cual girará siempre el mundo moral.